

Un recuerdo de Dylan Thomas

Edgar Esquivel

“Me gusta mucho que la gente me hable de su infancia, pero más les vale andar ligeros o me tendrán a mí contándoles la mía”.

En 1943 el poeta galés Dylan Thomas elaboró un guión para la radio que tituló *Recuerdos de infancia*. Era un declamador nato y efusivo y él mismo lo leyó en un programa en vivo. Le gustaba escucharse y oír cómo, mediante una composición determinada, las palabras delatan una intrínseca personalidad melódica. Cual flautista de Hamelin, Dylan tenía el poder de hechizar a cualquier auditorio gracias a la expresividad y potencia de su voz.

Thomas nació en 1914 y para él, como para muchos otros de su generación, “los recuerdos de la infancia no tienen orden ni fin”. Mucho pasó ese año, de pensar y pensar, por ello quizá desde entonces es una regla creer en lo valioso así, sin orden, de dicha evocación, pues si fuese lo contrario el encanto que le es propio a esa etapa inocente no sería lo que por principio debiera ser. Otras sensaciones se desprenderían de la rememoración de una infancia opresiva, sin posibilidad de haber elegido travesuras, y tal vez no encontraríamos para nuestra memoria las jerarquías sin lógica que dependieran exclusivamente de la intensidad de cada momento experimentado, sino una sucesión de hechos sujetos a una serie interminable de decisiones ajenas, es decir, las imposiciones adultas que inducen no sólo comportamientos, o una básica educación, sino tremendo desencanto por el inminente revelado sin gracia del misterio de las cosas o el entorno mágico de la primera vida. A veces, así el deber, así las reglas.

De ello, esta añoranza de su niñez que el propio Thomas recita:



Detrás de la escuela había una estrecha callejuela desde la cual los mayores y más descarados arrojaban chinias a las ventanas, escaramuceaban y faroleaban, contaban embustes sobre sus familias:

“Mi padre tiene chofer”.

“¿Para qué quiere chofer si no tiene [coche?]”.

“Mi padre es el más rico de Swansea”.

“Mi padre es el más rico de Gales”.

Viejo es el hecho de ignorar o abjurar del olvido de los pasos primeros —la antecala de la puericia—, para invocar lo emotivo de los actos sin razones que provocan los pasajes chispeantes de todo lo previo a la mocedad: las aventuras de un niño carecen de principio y principalmente de un final. No somos conscientes permanentemente de que lo que hacemos cuando pequeños no es otra cosa que un cúmulo de reacciones que bien pueden pasar por escaramuzas tempranas contra el miedo esencial, y no poco valor se encuentra o extrae de la creciente capacidad para entender la realidad como única y personal: los infantes afrontan lo cotidiano bastos de rítmica

fantasía —no se interrumpe— y sin la memoria que en ellos todavía no prevalece pues no existe.

Por tradición y voluntad fue el bardo un histrión: Dylan Thomas es uno de esos contadores de historias cuya extrema sensibilidad y apasionamiento por la poesía —conocedor, orador, creador— le aseguraron la condición de leyenda. Dos generaciones de poetas posteriores a la de T. S. Eliot él apostó por la imaginación que brota del mundo que se ve, asimila y siente desde el comienzo de la existencia, caudal de sucesos que no penden de lo intelectual ni de un realismo que obliga al posicionamiento crítico respecto a la sociedad. En sus escritos no hay más tirano que el ritmo que yace en las *oraciones*, palabras ordenadas exclusivamente por los sentidos, el placer, el humor o una idea de la trascendencia.

Su poesía, en verso o prosa, sonora siempre, aprehende los extremos que representan el nacimiento y la muerte de los hombres. Thomas era cazador de episodios reveladores y fantasías, de símbolos divinos o profanos.

Declamador vehemente, así prosigue —a su modo todavía lo hace— la lectura en voz alta de los recuerdos de su infancia:

Y fumaban colillas de cigarrillo, se ponían verdes del mareo, se iban a casa y no tenían hambre a la hora del té. La callejuela era el lugar donde se contaban los secretos; si no tenías, te los inventabas; yo tenía pocos. De vez en cuando sueño que, después de la escuela, doblo la esquina de la callejuela de las confidencias y digo a los chicos de mi clase: “Por fin tengo un secreto”.

“¿Qué es? ¿Qué es?”.

“¡Puedo volar!” . **u**